

Seguirá siendo

Mi abuela cargó a mi madre en su vientre con la indiferencia que otorga un accidente ya asumido. Atrás habían quedado las recriminaciones a mi abuelo por no haber sido cuidadoso y a ella misma por esa idéntica razón.

Esa apatía en la que se gestó mi madre, también puede explicarse por los tres embarazos previos de mi abuela. Ya era suficiente vida gastada en ello, cargando dentro, estirando las entrañas, viendo los efectos de la gravedad sobre las carnes cuando las ocupantes desalojaban su cuerpo.

Algo así fue la antesala de su llegada y, quizás, vaticinio de lo que sería su infancia.

Mi madre nació un sábado 19 de marzo y fue inscrita con el mismo nombre de su madre. No en un gesto de homenaje a su progenitora, sino más bien por la falta de ocurrencia de mi abuelo, al que al parecer el nacimiento -de quién sería su última hija- le tomó por sorpresa y obnubiló su ingenio. Pero siempre es poco práctico dar a los hijos el nombre de sus progenitores, ya que con frecuencia se hace necesario precisar de quién se habla. Ese problema se solucionó con facilidad: el nombre compartido fue acompañado de "chica" para hacer referencia a mi madre, y se mantuvo a secas para designar a mi abuela. Así es como mi madre terminó siendo "La chica".

La chica habla poco de su infancia, dice no saber o no acordarse. Quizás sea una incertidumbre sabia, una coraza. Un espacio abierto a las posibilidades. Esa última idea deja de ser tan auspiciosa porque conociendo a mi madre imagino la clase de conjeturas armadas. La indiferencia, la falta de cariño, de afecto, la escasa cercanía, la imposición de crecer, de hacerse grande, adulta. De avanzar, de avanzar rápido. La urgencia de ella por no necesitar de otros, de hacerlo sola, de hacerlo bien. De no solo hacerlo bien, de "mejor no hacerlo si no lo va a hacer bien". El apremio por eso a lo que llaman "valerse por sí misma". Y con todo ello a cuestas, la ausencia. La ausencia de un ojos compañeros, de un oído confidente, de alguien que, como ella, fuera niña, chica. Un par. Alguien o algo que acertara esa franja de tiempo que la separaba de sus hermanas, de su madre, de su padre, de quienes frecuentaban su casa. De quienes llenaban su hogar. De quienes transitaban su infancia.

Ese alguien fue su abuela. La mamá de su papá. La mujer con la que compartía pieza y cama. Porque la llegada de mi madre nunca contempló modificaciones, supuso arreglarselas con lo que había y, muy probablemente, aprovechar de incomodar a la suegra. Que la vieja fuera la que se las arreglara, la que hiciera un hueco en su cama, un espacio en su cómoda, un reajuste en su rutina. Que fuera ella, que tenía tiempo, que estaba en casa.

La vieja la acunó en su regazo, en su pecho. La acunó con su aroma a ropa limpia, con su olorcito a jazmín y Quillay, con sus cabellos blancos y sedosos, unos que podía contener y deslizar largamente entre sus manitas pequeñas. Qué lindo y preciso era que su nombre fuera Amada.

Ella, que no se refería a mi madre como “la chica” sino que incluyó al final del nombre el “ita” y sustillo el hecho por el cariño. Ella fue para mi madre un ser chico y grande a la vez. Unos ojos compañeros sobre ella, una oreja ya no aguda, pero cercana. Una a la que susurrarle por las noches anécdotas y unos cuantos secretos.

De su abuelita mi madre habla siempre con cariño. Ella es la protagonista de sus recuerdos más preciados, esos a los que remite con insistencia y con una expresión que pareciera alcanzarlos, revivirlos. La leche con *Vitalmin Vitaminado* es de otro mundo, un manjar que exige que mi madre vaya a pedirle que le prepare otra mamadera, otra por favor.

Esa botella tibia entre sus manos y ese líquido exquisito y su Amada al lado. Alcanzar el sueño en ese estado debe ser de las pocas cosas mundanas que se asemejan al paraíso o, más bien, al imaginario que evocamos con esa palabra. Sospecho que en ese sopor en el que se sumía y desde el cual comenzaba a deambular por ese campo elíseo lleno de Quillay, Litres, Peumos y Maiténes, y en el que las fuentes de agua gorgotean por montón, era fácil relajar el esfínter y comenzar a sentir la calidez escurriendo río abajo por sus piernas. En esos momentos no se llamaba ni despertaba a nadie. La ahora “ita” se bajaba de la cama, arribaba un banquito a la cómoda y buscaba otra camisa de dormir para cambiarse y un par de toallas para poner sobre el colchón. Una vez acomodadas se acostaba sobre ellas y si tenía suerte, volvía al campo elíseo en el que estaba hasta hace solo un momento.

Amada nunca dijo nada. Si alguno de los cauces secundarios del río cálido la alcanzó a ella o su sector de la cama, mi madre nunca se enteró. Nunca percibió en ella molestia. Ni le escuchó recriminaciones. De estos sucesos nocturnos solo supieron ellas dos. Si este fue uno de sus secretos más grandes, no lo sé. Pero si estoy segura que fue de esos pegamentos que afiatan lazos.

Ofelia il